

Almas de rojo

FRANCISCA SOLAR



Planetalector
Literatura Infantil y Juvenil

Almas de rojo

FRANCISCA SOLAR



 **Planetalector**
Literatura Infantil y Juvenil



Almas de rojo

COLECCIÓN FUERA DE ÓRBITA

© del texto, Francisca Solar, 2018

© Fotografía de portada: Shutterstock

© Editorial Planeta Chilena S.A., 2018

Av. Andrés Bello 2115, piso 8

Providencia, Santiago de Chile.

www.planetalector.cl

www.planetadelibros.cl

Primera edición | diciembre 2018

ISBN Edición Impresa: 978-956-9962-66-0

ISBN Edición Digital: 978-956-9962-79-0

Número de inscripción: 291024

Diseño de colección:

María de los Ángeles Vargas T.

Diagramación:

Ricardo Alarcón Klaussen

Digramación digital: ebooks Patagonia

www.ebookspatagonia.com

info@ebookspatagonia.com

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo por escrito del editor.

El libro original protege el trabajo del autor, diseñador y del equipo editorial. Comprar el original es respetar ese trabajo. No fomentes el delito de la piratería.

Almas de rojo

FRANCISCA SOLAR

Índice

[Déjame ir](#)

[Zeremonie](#)

[Los indignos](#)

[El monstruo del pozo](#)

[Yo te elijo](#)

[Cenizas de Verón](#)

[3U63N14](#)

[Almas de rojo](#)

[Autora](#)

[Encuétranos en...](#)

[Otros títulos de la colección](#)

«Continuamos siendo imperfectos, peligrosos y terribles, y también maravillosos y fantásticos. Pero estamos aprendiendo a cambiar.»

RAY BRADBURY

Déjame ir*

Darío se detuvo sin que se lo pidieran. Estaba acostumbrado. El guardia frente a él empuñó el detector de metales y en pocos segundos lo rodeó hasta los zapatos. Estaba limpio. Otro guardia más atrás le hizo una seña para que lo siguiera por el pasillo. En esa época del año, los visitantes se multiplicaban y el personal no daba abasto. Les iba mejor si apuraban las entradas y salidas.

Como no era posible instalar ascensores, bajar por esas escaleras de caracol era la peor parte; al dar vueltas sin fin, muchos se mareaban. Darío ya había aprendido que si se sujetaba bien del pasamanos y miraba solo hacia el frente, neutralizaba las náuseas. Menos mal su madre estaba en el -8; había oído que el CRE quería ampliar sus instalaciones en al menos dos pisos. Sus servicios eran cada vez más demandados, y se hacía necesario contar con más espacio, pero no por los recluidos, sino por las visitas. Siempre las visitas.

La puerta de vidrio con el letrero «-8» lo hacía suspirar de alivio. Y sonreír. También el clic del picaporte metálico al contacto con la tarjeta del guardia, el pequeño foco a la derecha, que siempre pestañeaba (¿cuánto costaba cambiar una simple ampolleta?), y las paredes blancas que simulaban la entrada al cielo. Era como estar en casa de nuevo. Pero no lo decía. A nadie. La última vez que lo mencionó a Sara, ella se desesperó y se encerró en el baño. Jamás había querido acompañarlo hasta ahí, no estaba de acuerdo con lo que él estaba haciendo. Pero es que ella no entendía. No podía entender. Ella no sabía lo que era una pérdida real.

Darío estiró el cuello para ver hasta el final del pasillo. La sala de visitas se destacaba por ser bien iluminada. Desde ahí contó las cabezas visibles y solo había seis cubículos ocupados de la fila completa. Quedaban cuatro. Pediría que le dieran el de la esquina, como siempre, pues así se sentía más tranquilo, menos observado. Y no es que los otros visitantes estuvieran especialmente atentos al humano de al lado, pero prefería tomar precauciones,

no dar razones para miradas curiosas. Los cubículos no eran más que gruesas placas de vidrio de pared a pared, del suelo hasta el techo. La privacidad, ahí, también era un lujo.

Se detuvieron por última vez. Un nuevo guardia apareció de pronto para otra revisión. Eran muy cuidadosos; el CRE se jactaba de tener un sistema de seguridad infranqueable, y con la gran suma de dinero que Darío desembolsaba todos los meses, lo mínimo que podía exigir eran instalaciones de lujo, dependientes en todas las esquinas, grilletes y barrotes, o lo que la tecnología les permitiera. Estaba pagando por un servicio, y esperaba recibirlo.

El guardia llevó a Darío hasta el cubículo del fondo, esperó a que se sentara y le pidió el pase laminado. No era más que un pedazo de plástico con un código de barras. Lo apuntó con el lector infrarrojo, se oyó el pitido y, frente a ellos, al otro lado del cubículo, unas letras dinámicas titilaron «Dinora Vargas» en una pantalla. Darío volvió a sonreír, sintiendo su corazón acelerarse de pronto. No importaba cuántas veces fuera, cuántas veces se sentara ahí, todas las emociones volvían como recién aprendidas. Nunca cambiarían. No tenían por qué.

Fijó los ojos en la puerta custodiada. Alcanzaba a escuchar el cuchicheo de los otros visitantes y sus visitados, casi todos entre llantos, pero no podía distinguir bien las conversaciones. No les ponía real atención, solo la esperaba a ella, que siempre demoraba unos segundos en presentarse. Ahora estaba demorando más, sepa Dios por qué. Darío se revolvió en la silla, perdió la sonrisa y estiró el cuello otra vez. El guardia junto a él no lo dejaría hacer más que eso.

Entonces apareció.

Su cabello cano estaba recogido en su tocado habitual. Incluso llevaba el peine del abuelo. El uniforme para los recluidos no era muy atractivo, pero al menos parecía cómodo; una túnica gruesa blanco-grisácea hasta los pies con un código de barras impreso en el pecho. Con cada paso se escuchaban las cadenas sujetas a sus tobillos, pero Darío no podía verlas. Lo prefería así.

—Hola, mamá.

Estaba cansada, sus ojeras lo decían. También sus arrugas. Pero sonrió de todos modos, tibia.

Se sentó en la silla dispuesta para ella y una voz serena la recibió. «Comienza su visita. Tiene 15 minutos», anunció el altavoz.

Él esperó que su madre lo mirara, pero fue en vano. Si el vidrio entre ellos no estuviese electrificado, habría estirado su mano para maquinar la ilusión de tocarla. Obviamente no se movió. Hizo como si todo estuviera bien.

—Te traje girasoles. Pregunté por las flores más resistentes en época de lluvia, para que esta vez no se marchiten tan rápido. Y te hice caso con el florero de plástico. Ya avisé para que estén atentos a los ociosos que se han ensañado con los de cristal. De esos no te traigo más.

La anciana asintió sin ganas, aún detenida en un punto fijo.

—Gracias.

—En mi trabajo todo está bien, si eso te preocupa. Se las canté bien claras a mi jefe, le dije al pie de la letra lo que me aconsejaste la semana pasada. Ya no me molesta más.

—Me alegro... —dijo, pero sin labios alegres que acompañaran.

Darío suspiró. Se sobó el brazo derecho con la mano izquierda.

—Renato te hizo un dibujo en el colegio, pero no quiso dármelo. Dijo que se ve mejor en su pieza, que ahí afuera se va a ensuciar y mojar y romper.

Su madre subió los ojos por primera vez.

—¿Todavía no quiere venir?

—No. Sara tampoco. Les... complica. Déjalos, ya vendrán.

En algún momento, sin falta, entre los datos triviales de la casa, el trabajo, el colegio o el clima, venía esa mirada. Esa. Iba precedida de un silencio un poco incómodo, cuando el tema anterior ya estaba agotado y había que seguir hablando, pero sin saber qué nuevo decir. Ese silencio propicio, fértil para introducir la duda necesaria. Dinora sabía usarlo bien. Casi lo calculaba. Y Darío lo sabía, lo presentía, y la dejaba. Todas las veces. Que ahora lo dice, ahora sí. Que no lo diga, que no se atreva. Que se calle. Que ella sabe la respuesta, y no le va a gustar.

—Hijo...

—No, mamá —contestó, un poco más rápido que otras veces, con la vista en sus zapatos. Nunca podía mirarla a los ojos cuando se lo negaba—. No me lo pidas, por favor.

—Seis años, Darío —reclamó, elevando apenas la voz—. ¿No crees que ya es hora? ¿No tienes piedad de tu madre?

—¿Y qué va a pasar conmigo? —respondió él, subiendo la cabeza de repente con el ceño fruncido—. Yo te necesito. Te necesito aquí.

Tenía razón, la necesitaba. Es más, era suya. Eso decía su contrato con

CRE. Suya para siempre, suya hasta que decidiera lo contrario.

Un par de cubículos más allá, un grito interrumpió otra tentativa potencial y todo el movimiento a su alrededor. Un recluido se había levantado de su silla, Darío podía verlo desde ahí. Su bella visitante, de largo pelo negro y estricto vestido en el mismo color, curvó la espalda hasta quedar casi en posición fetal.

—¿¡La escucharon?! —estiró el brazo y la apuntó, fuera de sí. El gentío en la sala volteó en masa hacia él— ¡Ella me dejó ir! ¡No puede arrepentirse, ya lo dijo! —se tomó la cabeza dando paso a unas carcajadas nerviosas—. ¡Me dejó ir!

La mujer cayó de su silla, cubriéndose el rostro con los brazos. Un guardia corrió hasta ella. Sus quejidos agónicos no parecían hacer mella alguna en el hombre tras el vidrio, desorbitado de euforia, que arrugaba con el puño el código de barras en su pecho.

Un nuevo dependiente, al otro lado de la realidad, se acercó a él hasta quedar a unos centímetros. No lo tocó.

—Terminó la visita.

—¡NO! —gritó, con tal fuerza que hasta su rostro se hizo algo borroso. Parecía temblar de nervios, aunque bien podía ser una simple interferencia en el sistema holográfico—. Exijo que se anule el contrato. ¡Ella ya lo dijo, está registrado en el altavoz! —se adelantó hasta el vidrio, con el zumbido de la electricidad en el cristal, tratando de mirar a su esposa a los ojos. Su fuerza había pasado a ser tristeza. El amor que lo unió a ella, hace mucho había desaparecido—. Lo dijiste, ya está hecho. Déjame ir.

El pudor y la culpa se extendieron como una brisa helada sobre el rostro de los visitantes, y los visitados, en sus sillas, congelaron sus músculos esperando un milagro propio. Si un cliente desistía del servicio, debía anunciarlo en privado y directamente a la empresa... Esos escándalos eran contraproducentes. En el Día de los Muertos, los recluidos guardaban más esperanzas que nunca. Las lápidas afuera se llenaban de flores y remolinos y dibujos de niños, pues los visitantes al cementerio —o CRE (Centro de Reclusión Etérea)— se multiplicaban. El personal no daba abasto. Les iba mejor si apuraban las entradas y salidas.

—No sé de qué está hablando —negó ella con falsa seguridad, al tiempo que el guardia la ayudaba a ponerse de pie. Le temblaba el mentón, pero no apartó la mirada—. No he dicho nada.

El hombre se desfiguró, y en un segundo lo rodearon tres escoltas.

—¡No me hagas esto! ¡Laura, ya basta, déjame ir, déjame ir!

Estiró ambos brazos hacia el vidrio y, al contacto con él, su imagen desapareció. El sistema de seguridad era eficiente. En un chispazo, el alma desbocada volvía a su ataúd. El silencio era la señal.

La mujer se deshizo del abrazo del guardia y corrió a la salida. La siguieron de cerca varios otros visitantes, que con la cabeza baja balbucearon un «Hasta pronto» a sus seres queridos y escaparon de la presión en el aire, empujándose a codazos hacia la escalera de caracol. Los guardias no se interpusieron.

Solo Darío se quedó. Sintió náuseas al enfrentar la súplica evidente al otro lado del vidrio.

—No, mamá. Que estés bien. Nos vemos la próxima semana —y apagó el altavoz. Dinora cerró los ojos. Y desapareció también.

En tierra firme ya había comenzado a llover, y un cuidador se apresuró hasta el mausoleo de los Vargas. Un florero de plástico se había quebrado en mil pedazos.

* Adaptación de la versión publicada en *Cuentos chilenos de ciencia ficción* (Norma Ediciones, 2010).

Zeremonie*

Apoyado en el capó de su auto, tiró su cigarrillo al suelo tan pronto escuchó el chirrido de unos neumáticos acercarse. También se sacudió los pantalones, antes negros, ahora grises de polvo y ajetreo. No le gustaba estar así de impresentable.

Aplastó la colilla humeante con la punta del zapato. El barro seco por doquier y tanto personal entrando y saliendo del recinto había producido una gruesa nube que no decantaba con nada. Atardecía, tibio, y los rayos naranjos dificultaban aún más la visibilidad. Así se mantendría por varios minutos más hasta que, intempestivamente, se pusiera de nuevo a llover. Pero todavía faltaba para eso.

La patrulla se detuvo unos metros frente a él. Un carabinero asomó su cabeza fuera de la ventanilla del piloto.

—¿Subcomisario Hernández? —le gritó, sin intención de mayor protocolo. El aludido asintió, tomando el porta placa colgado a su cuello en un acto reflejo—. Lo buscan.

La puerta del copiloto ya se había abierto antes de que el uniformado terminara de hablar. Alguien bajó raudo pero con elegancia. Hernández usó su mano de visera y enfocó para asegurarse de que quien lo buscaba fuese el hombre que estaba esperando.

Un moreno alto de traje a rayas se le acercó en un par de zancadas. No sonrió, pero su rostro era cálido. Estiró su brazo. Reconocería esa nariz torcida en cualquier lado.

—Emilio —saludó el subcomisario, aliviado, estrechando esa huesuda mano con las dos suyas—, gracias por venir a ayudarnos. Si te hubieses negado, lo habría entendido.

—No he aceptado —corrigió rápido el psiquiatra, calmo—. Vine a decidir si vale la pena.

El detective inspiró hondo. Él no era nadie para obligar a un perito retirado a volver al ruedo como si nada, menos en un caso tan delicado. Y aunque Emilio Pesqueira era muy joven y muy hábil para ser un jubilado, el retiro forzado le había hecho bien. Seguía sin sonreír, pero las arrugas de su frente se habían suavizado. Lo que veía ahora era, sin duda, una versión bastante mejorada del hombre que Mario Hernández conoció, en una escena muy parecida, hacía más de cinco años.

Pesqueira levantó la mirada por sobre el hombro de Hernández. Atrás, al fondo del pasaje, un estricto control policial apoyado con huinchas blancas de la PDI no dejaba pasar a nadie sin autorización. Era un mar humano de transeúntes curiosos, periodistas, cámaras en grandes aparatajes y drones de vigilancia. Entonces ambos voltearon hacia la casa, una vieja construcción de madera de dos pisos en un terreno semi baldío de Macul. Estaba a unos treinta metros de ellos, cercada en los límites del antejardín con una decena de patrullas y autos civiles. El ventanal a un costado de la entrada estaba hecho pedazos. El contingente desplegado era numeroso e insólitamente bullicioso para ese tipo de procedimiento, pero es que todos andaban con los nervios de punta. De los ocho niños, ya habían muerto seis. Estaban contra el tiempo.

—¿Hace cuánto están ahí? —preguntó de pronto el psiquiatra. A su lado varias placas plateadas se movían con el celular pegado en la oreja—. ¿Cómo saben que van seis?

—Poco menos de dos horas. Y siete disparos —detalló el detective, apuntando primero al ventanal y luego hacia el sector donde trabajaba un personal con overoles blancos—. Seis zapatos distintos.

Emilio asintió, sutil. El *modus operandi* le era tan familiar que sus manos temblaron.

—Podría apostar que el secuestrador tiene tu número de teléfono pero no se ha comunicado. Entonces, crees que es un *zeremonie*.

Hernández no disimuló el miedo cuando cambió la mirada y se encontró con los ojos del psiquiatra. Nunca pensó que llegarían tan rápido al asunto.

—Aún no hemos...

—No me mientas, Mario. Es la única razón por la que me necesitarías aquí.

El detective suspiró. Quizás era mejor así. Transparentar todo.

—Ya sabes cómo es esto, no puedo salir en cadena nacional con una tontería sin respaldo. Y sí, eso creo que es —aceptó, bajando el rostro y la voz—, pero solo te tengo a ti para probarlo.

Para el subcomisario, todas las sectas posglobalización eran incoherentes, pero esta era la más rara de todas con las que le había tocado lidiar. Todos sus miembros y los secuestradores identificados —cuatro en los últimos 15 años— eran inmigrantes alemanes. En el sur les llamaban los *zeremonie*. Eran obstinados, lograban adeptos bajo radar y cometían sus ataques sin fallas. Elegían niños comunes, sin patrones aparentes, pero el grupo debía ser número par. Seis en el caso de 2032, cuatro en el 2036, dos en el 2037, ocho ahora. No hacían llamadas, no pedían rescate. Mataban a sus cautivos por turno y lanzaban al «público» (a la policía, a los familiares) algún objeto que los identificara. Creían estar «salvándolos» de una vida miserable en un mundo miserable que los serializaba y monitoreaba a través de un implante subcutáneo que se hizo obligatorio para cada niño perteneciente a un país OCDE a partir de los diez años. Desde su puesta en marcha en el 2021, la comunidad científica internacional había explicado mil veces que el chip era inocuo y que sus beneficios en orden y seguridad eran superiores, pero esta secta veía una turbia conspiración detrás de todo eso, alegando que la nanotecnología permitiría a los gobiernos no solo geolocalizar o conocer los signos vitales de las personas, sino también controlar sus pensamientos para evitar manifestaciones políticas o sociales. Algo así como una dictadura silenciosa. Una cicatriz en forma de «Z» en su hombro era la prueba de que al inicio muchos intentaron remover sus propios chips de identificación mediante cirugía, aunque supiesen que era en vano; un dispositivo tan minúsculo era imposible de ubicar luego de ser injertado. Morir era la única escapatoria.

Los *zeremonie* siempre usaban el mismo tipo de escopeta recortada, perpetrando solo un disparo, limpio, certero en la mitad del cráneo de cada niño, para luego suicidarse.

Emilio Pesqueira había participado en cada uno de los casos y hasta había escrito un libro al respecto. Jamás pudo salvar a ningún rehén y ese dolor no podía curarse con drogas o terapias. Los muertos lo acosaban. Devastado después de los secuestros del verano de 2037, abandonó la PDI y abrió una consulta privada. Más dinero, menos acción. Pero tranquilidad, no. La paz interior era un lujo que ya no podría darse en vida, estaba seguro.

Hernández levantó las cejas, ubicando la mirada en la azotea de un edificio de departamentos en la vereda contraria. Pesqueira ni siquiera volteó; adivinó inmediatamente qué implicaba ese gesto.

—Lo tenemos en la mira —aseguró el subcomisario—. Listos para

disparar, esperan mi orden.

El rostro del psiquiatra se ensombreció.

—Si ya lo tenías decidido, no necesitabas mi asesoría. ¿Qué diablos hago aquí?

Hernández metió el brazo por la ventanilla de su auto y sacó una carpeta. Le extendió un papel de oficio correctamente doblado en tres y un lápiz de tinta.

—Confírmame lo que creo, firma el informe y salvaremos a los dos que quedan.

Emilio levantó ambas manos y se echó hacia atrás. Sacudió la cabeza.

—Cumple con toda la descripción, sí, pero, ¿y si no es uno de ellos?

—¿No es obvio?

—Nunca lo es —negó el psiquiatra, reticente—. Podría ser un fanático, un *copycat*...

—¡Mierda, Emilio! —gritó el detective, alertando a algunos de sus colegas metros más allá. Regresó la vista al médico con impaciencia—. La última vez habríamos liberado a más de un niño si hubiésemos decidido a tiempo. Te estoy haciendo un favor —lo tentó, blandiendo el papel cerca de su nariz—. Es tu redención. La nuestra. No me voy a equivocar de nuevo.

El psiquiatra se encontró a sí mismo temblando otra vez. No recordaba haber tomado su dosis de ansiolítico esa mañana. ¿Lo había hecho? ¿Buscó con su mano las pastillas en el velador? ¿Qué hizo con el vaso de agua?

Hernández puso a la fuerza el lápiz en el puño de Pesqueira. Se miraron a los ojos. Luego el detective extendió el documento en el aire y lo apoyó en la carpeta. Sin saber realmente cómo, en unos segundos la firma del psiquiatra estaba donde él quería.

—¿No le temes al infierno? —susurró Emilio.

—No, porque no existe —respondió el subcomisario, agrio.

—Pocos creen en un juicio final —pensó el psiquiatra en voz alta, mirando el lápiz que aún sostenía entre sus dedos—, salvo quienes ya enfrentamos un final y eludimos el juicio.

El detective lo ignoró. Cerró los ojos y pegó el radiotransmisor a sus labios. Expresó la orden en el código acordado. Entonces, sin advertirlo, su celular comenzó a destellar y a vibrar en el asiento del auto. Tampoco lo vio el médico. Al interior de la casa de madera, el celular del secuestrador rebotó en las tablas tras el disparo, pero no se trizó. Siguió encendido, perpetuo con el número del subcomisario en la pantalla. Había empezado a llover.

Días después, tras la entrega de un informe que se archivaría sin leerse, Hernández se enteraría del suicidio del psiquiatra Emilio Pesqueira; lo habían encontrado en el patio de su casa, colgado de una higuera.

No leyó su obituario ni fue a su funeral. Sabía que, más temprano que tarde, los muertos regresarían a buscarlo.

* Adaptación de la versión presentada para «Sitio del Suceso», Concurso de Cuentos Policiales PDI (2015), ganadora del segundo lugar.

Los indignos

Susan tuvo una pequeña contracción y llevó una mano a su vientre. El bebé estaba incómodo, tanto como ella. La fila había avanzado muy poco en los últimos días. Sus pies estaban hinchados. Daba la impresión de que la policía estaba más estricta que nunca en el control del paso y no parecía aflojar.

Nadie parecía interesarse en su embarazo. En ese hosco pasillo de luces azules no había ninguna silla que ofrecerle, es verdad, pero hubiese deseado que alguien al menos le cediera su brazo para apoyarse al caminar. La ley permitía a los postulantes sentarse en el suelo solo durante diez minutos cada hora, esfuerzo que sin duda la arriesgaba a un parto prematuro, pero se prometió que no tendría a su hijo en ese lugar de podredumbre. Claro que no.

No se podía hablar con otros postulantes. Jamás. Cada hombre y mujer se aferraba a su bolso de mano o a una pequeña maleta, cuidaba su equilibrio para no salirse de la fila y fijaba la vista en la nuca de enfrente con ojos de angustia. ¿Niños? Niños no. Hace mucho se los habían llevado a todos a la estación intermedia. En ese túnel interminable solo abundaban las sombras y los gritos. Más gritos que sombras. Cada vez había más *indignos* entre los caminantes.

Entonces, un siseo. Un inconfundible sonido de arrastre comenzó a lo lejos. Susan sonrió, muchos subieron la mirada de un salto. Una mujer lloró de felicidad. Ese ruido se transformaba, esa vez y todas las veces, en un himno de gloria: significaba que los primeros puestos por fin avanzaban. Kilómetros adelante, donde era imposible llegar con los ojos, los postulantes en perfecto orden arrastraban sus pies. Era una improvisada pero muy efectiva forma de comunicación en una sociedad con voz vedada. La fila de personas era tan inabarcable como fúnebre, llena de sucesivas curvas, por lo que los últimos jamás se enteraban de qué sucedía en la cabecera. El ruido los consolaba. Entre monólogos ininteligibles y cansados murmullos, las personas hacían

rechinar las suelas de sus zapatos contra el concreto, moviéndose, esperanzando a otros. La ilusión tenía rostro de arrastre y papelillos, esos que a diario dejaban parientes y enamorados a sus seres queridos, abandonados en el piso. Pasarlos de mano en mano era una osadía; ya muchos habían sido confiscados. Era mejor dejarlos en el camino, que se mezclaran entre los pasos, y esperar a que el destinatario algún día lo leyera. Al final esos mensajes, cualquiera que fuesen, servían de aliento para todo caminante, no solo para el nombre que estaba escrito. Algunos ya estaban amarillentos, dejados hace mucho, apenas leíbles. Muchas palabras de amor y aliento, contradichas con furia por la indiferencia gélida de los cuerpos que no sabían más que balbucear y andar...

Hacía un calor insoportable, pero cada vez que Susan intentaba quitarse la chaqueta, comenzaban los escalofríos bajo su delgado vestido. El túnel que llevaba a Aduanas RB2 —uno de los dos únicos pórticos que quedaban, donde revisaban la documentación de las personas para trasladarlas a la estación intermedia apostada antes del próximo planeta habitable— había sido construido especialmente para su objetivo, acondicionado para resistir los últimos embates climáticos que estaban convirtiendo a la Tierra en un hoyo de ceniza. Y aún así no era suficiente. No había ventanas ni ductos visibles de ventilación, pero a nadie le importaba mucho el olor a sudoración masiva, a orina u otras deposiciones; más crítico era el olor a muerto. A muerte.

Un timbre agudo por altoparlante daba cuenta de los decesos, es decir, de una alteración en el conteo de postulantes. El sistema de rastreo de almas era infranqueable, pero en su mecanismo se dispuso una pequeña brecha: 30 segundos. Si la persona se desplomaba —desmayada o exhausta— pero seguía viva, el sistema le otorgaba 30 segundos para volver a ponerse en pie. Si era capaz de levantarse otra vez, nada sucedería. Sin embargo, si no se reincorporaba pronto por sus propios medios, se le consideraba «fallecido» y era apartado inmediatamente de la fila. El procedimiento siempre era el mismo: se abría una de las puertas de latón del túnel, aparecía un Basurero —los encargados de la «basura», lo que sea que esto fuera—, se acercaba al cuerpo y lo arrastraba hasta un lado del camino. Un carro de carga recogía lo acumulado cada cierto tiempo. Por deshidratación, inanición o simple desasosiego, fallecer en la espera era un filtro casi natural: los pocos transbordadores que quedaban tenían asientos limitados. Solo unos cuantos lograrían abandonar el planeta.

Todo estaba calculado. Los procedimientos eran parte de una evolución esperable en un lugar donde los humanos por décadas se hicieron cada vez más expertos en crear nuevas formas de burlar el sistema, pero hoy ya era casi imposible. Se habían agotado las ideas, las grietas. Ya nadie quería aventurarse, no valía la pena. Si alguien salía de la hilera, por la razón que fuese, perdía su lugar y un Basurero lo forzaba al exilio. Debía volver a empezar. Si en un minuto de piedad alguien cedía su lugar a otro, no podía reocupar el espacio de este; también estaba obligado a empezar de nuevo, teniendo en cuenta que el camino al pórtico significaba meses, incluso años. Ese fue el espíritu para crear el axioma más importante de la Ley de Aislamiento Social Sanitario que regía hacía tanto: estaba prohibido hablar entre postulantes. Apenas podían mirarse. Erradicar la empatía era lo más sano; si las personas no se relacionan entre ellas, no se tentarán con la compasión. Así lo había expresado el gobierno interpaíses, jurando que únicamente deseaban ayudar, hacer más fácil el trayecto para todos. Mirar hacia delante, llegar a Aduanas o morir en el camino. No había más opciones.

En realidad, sí existía otra opción: delatar a un indigno. Así denominaba la policía a las personas que no poseían todos los requisitos para subir al transbordador y escapar de una Tierra agonizante. Falta de pasaporte, antecedentes delictuales, chequeo médico incompleto o rechazado... había muchos factores. Nadie tenía la certeza de su propia «dignidad» hasta que llegaba al portal de los Examinadores, es cierto, pero muchas personas, aun sin papeles, optaban por hacer la fila de igual manera. Los alentaban algunos rumores de posibles triquiñuelas en el momento preciso, si bien en realidad los airosos se contaban apenas como excepciones. Para el sistema, los indignos no eran más que estorbos, una pérdida de tiempo. Así fue como se creó un anexo en la ley que permitía compensar a quienes los delataran.

Cada diez kilómetros había estaciones de agua, como grandes injertos de latón en el túnel grisáceo. Dos vasos por persona, uno de ellos con una cucharada de azúcar añadida. En esas mismas estaciones había un poste con una caja traslúcida. Adentro destacaba un botón rojo: un botón de alerta. Sin salir de su lugar, cuando la fila avanzara y llegara al poste, una persona podía presionar el interruptor y este emitiría una señal silenciosa pero de luz tintineante. Un Basurero no demoraría en aparecer. Sin pronunciar ni una sílaba, la persona solo debía apuntar al posible infractor para así someterlo a un chequeo rápido de papeles. Si la detección era positiva, tenía el derecho de

utilizar el lugar que el indigno dejaría vacante, pero una detección negativa implicaba su propio exilio. Había que estar muy, muy seguro antes de apretar el botón.

Pocos se habían aventurado a eso, el riesgo era muy alto. Mejor era rezar, concentrarse, respirar, mover los talones en círculos para no acalabrarse. Susan nunca vio a nadie acercarse al dichoso interruptor, considerando que estaba por cumplir casi ocho meses de caminata. El pasillo de concreto no tenía ventanas, por lo que su cálculo era pura intuición. Ella se basaba en el ciclo natural de su embarazo, en el crecimiento regular de su vientre y el movimiento del niño en sus entrañas. No era un razonamiento muy exacto, pero la ayudaba a mantener la cordura. Ya otros habían muerto solo al perder la noción del día y la noche. El tiempo no tenía lógica ahí.

Nunca supo el nombre del padre de su hijo. Estuvo en el puesto tras ella el tiempo suficiente para que una esquiva caricia que nadie advirtió terminara en un abrazo urgente bajo la ropa que tampoco generó miradas ni murmullos. Cosas peores se habían visto. Pocas estaciones después, su cuerpo fue arrancado de la fila por sentarse en el suelo y no reincorporarse en el tiempo prudente. Ella no alcanzó a escuchar su voz. Tampoco la de esa mujer, con pocos pero evidentes meses de gravidez y un largo pelo rubio enredado en su cara cadavérica a un costado de la estación 76-C. Susan no solo tomó su chaqueta —robar comida u objetos de los muertos ya se había convertido en algo habitual—, sino también la legalidad del que no alcanzó a nacer. Si sucedía un parto en la fila, la madre debía contar con un certificado previo, algo así como la compra anticipada de un «lugar» extra para el recién nacido y así no alterar el sistema... previsión imposible en un embarazo no planificado. Pero esa madre entre la basura sí lo tenía. Apenas Susan palpó el trozo de papel sellado en el bolsillo de la chaqueta despojada, lloró, pidió por el descanso de esa pobre mujer y su hijo, y agradeció su inesperada fortuna.

El recuerdo apretó su corazón y también su estómago. La contracción fue más fuerte esta vez.

Se tomó el vientre, inclinándose hacia delante. Apretó los párpados y aguantó un gemido de dolor. Sintió un líquido extraño correr por sus piernas que manchaba de a poco sus zapatos. Nadie a su alrededor se movía. El puesto frente a ella no volteó. El de atrás ni siquiera levantó la mirada. Era mejor así.

Susan puso su pasaporte entre sus dientes y lo mordió con fuerza. Esperó unos minutos a que el flujo se detuviera. Se quitó la chaqueta como pudo, la

dobló un poco y la dejó sobre el piso, justo bajo su entrepierna. Luego sintió el desgarró.

El descanso de 10 minutos había pasado hace muy poco, no le permitirían ni siquiera arrodillarse. Lloró con la siguiente contracción. Y con la siguiente. Temblando, puso ambas manos en sus rodillas y se acuclilló levemente. La delicada cabeza de su hijo comenzaba a aparecer. Tenía miedo de desmayarse, de vomitar por el olor ineludible de su propia sangre.

Algo metálico rebotó junto a su pie izquierdo. El sudor no le impidió ver el destello e identificar el silbido. Era una pequeña navaja suiza. Alguien la dejó caer para ella. ¿Alguien la ayudaba?

Un varón de vellos blanquecinos apareció por completo bajo ella segundos después. No hubo llanto y su piel se puso rápidamente azul. Susan sentía el corazón en su garganta, el mareo imparable. Con los ojos cerrados, tanteó el piso y dio con la navaja. Tomó un extremo del cordón umbilical y lo cortó, sin pensar. Dejó al bebé sobre la chaqueta. Inmediatamente después, un nuevo calambre en sus tobillos adormecidos la hicieron caer, primero de rodillas y luego sobre su hombro, directo al suelo, a punto de perder el conocimiento.

Tenía 30 segundos antes de que el timbre se largara por el altavoz.

Con la mejilla pegada en el concreto, ella vio el rostro del niño, hinchado pero ya con más color, y sonrió. Sonrió alzando los ojos, justo para encontrarse con la mirada de la anciana en el puesto de atrás. Ambas cruzaron cansancio y súplica por intensos segundos, sin más gestos. Susan supo que ya no podría levantarse.

La anciana se agachó y tomó al bebé, estrechándolo contra su pecho. Los restos de sangre se camuflaban con mesura entre la chaqueta de cuero negro. Estiró su pie, sin moverse de su lugar, y apartó de la fila al malogrado cuerpo de Susan. El bebé se revolcó en su abrazo, como en un espasmo de entendimiento.

El timbre agudo comenzó a sonar.

Algo cambió en el silencio indiferente. La anciana lo notó, aguantando la respiración. No era el usual aviso de muerte en la espera; por el rabillo del ojo reconoció la silueta inequívoca de un desconocido, varios puestos más adelante, inclinado ante la lejana caja del interruptor rojo. Su brazo en el aire apuntaba hacia ella.

En tres largos suspiros, un Basurero se materializó como un fantasma y se

detuvo a un lado de la mujer. El hombre notó el cuerpo de Susan a menos de un metro, pero no le importó.

Apuntó al recién nacido con la barbilla.

—¿Indigno?

La anciana tembló, no respondió, pero no hizo falta. En un brusco intento del empleado por quitarle al bebé del pecho, un documento se deslizó del bolsillo de la chaqueta. Cayó al suelo, flotando entre varios papelillos de deseos y amores ajenos. Su sello y timbre se dejó ver en esplendor, uno que el Basurero no pudo ignorar. El niño tenía, por milagro o mérito, un sitio asegurado en el sistema.

Un chillido de arrepentimiento cortó el ambiente en dos. Aquel lejano desconocido, un hombre de sombrero y bastón, fue arrancado de la fila por falso testimonio, desapareciendo entre forcejeos tras una puerta de latón. El botón del poste dejó de tintinear.

El niño lloró por primera vez y la anciana lloró con él, mientras el Basurero arrastraba el cuerpo de Susan y se esfumaba con la misma hosquedad con que había aparecido. Tras él muchas miradas se levantaron al unísono, expectantes. En el techo gris de un túnel sin fin, retumbó un sonido familiar. Tibio al principio, creciendo como una ola, fuerte y claro en los oídos atentos, ansiosos, rendidos.

Todo volvía a su cauce. Lo que quedaba del mundo arrastraba sus pies.

El monstruo del pozo*

La farola se apagó de repente y entonces los murmullos cesaron. La respiración agitada de quien la sostenía marcaba el pulso de la espera, agotadora para todos los campesinos. El silencio les recordó que estaban a varios kilómetros de casa, con pocas provisiones y menores esperanzas.

Rodán sacudió la nieve de sus hombros y se agitó en un escalofrío. El calor menguante del gentío no alcanzaba para reponer las fuerzas.

—¡Entremos y ya! —gritó uno de ellos, alzando un azadón de hierro. Voces roncadas lo secundaron.

—Un poco más, hermanos... Solo un poco más. Podemos echarlo todo a perder —intentó calmarlos Rodán, mostrando sus brazos en alto. Un niño asido a su cintura y escondido tras su chaqueta evidenciaba miedo y frío en su castañeteo de dientes.

—¡No esperaremos otro invierno!

Un gruñido grupal de desesperación ahogó el apremio del líder, cuyo rostro era apenas visible en el claro de medianoche. La última lámpara se había consumido y ya no había aceite para recobrar su luz.

Rodán miró por sobre las cabezas entumecidas.

—Vencer, ¿cuántas balas tenemos?

Un hombre enjuto, pero más alto que cualquiera, se concentró en su cinturón un par de segundos.

—Seis. Los ancianos dijeron que serían suficientes —explicó, aunque no estaba de acuerdo con esa afirmación. El pestañeo de Rodán demostró entender la incertidumbre.

—¡Las serán! —gritaron dos o tres, nebulosos tras sus propios hálitos en la intemperie.

El más joven sostuvo el diálogo.

— Ya hablamos del sacrificio. Estamos dispuestos, ¿no es así? Entramos al

pozo, distraemos al monstruo y tú lo matas, Rodán. No necesitarás más que una bala.

Vancer alzó el arma a la vista de todos, y el revólver pasó de mano en mano hasta que Rodán la cogió.

—Yo lo mataré. Sí. Lo haré.

—¡No hay vuelta atrás!

La turba volvió a enardecerse, y más azadones cortaron la silueta de la tercera luna que ya brillaba sobre ellos. Si no actuaban en ese momento, tal vez nunca lo harían.

Con pasos firmes crujiendo en la nieve blanda, avanzaron otra decena de metros. La entrada al pozo era visible desde allí; una cueva profunda y oscura que alguna vez sirvió para abastecer al pueblo de agua. Pero ya nadie entraba en ese lugar. Nadie hacía décadas.

Ni los más rudos se atrevieron a dar otro paso. Los corazones se agitaron.

—Rodán, tú eres el único que lo ha visto... ¿Es alto?

—Tanto como yo —respondió.

—¿Y servirán nuestras balas?

—Apenas una. Es humano... alguna vez lo fue. Una bastará. Debiera bastar.

El monstruo *fue* humano... esa era la leyenda local. Se hablaba de un hombre enloquecido por los horrores del último siglo de terrenales libres, sometido a los caprichos escabrosos de una ciencia sin escrúpulos que marcó su propio obituario. Un tiempo del que no quedaban vestigios y, probablemente, en él tampoco quedaban rastros de humanidad, un ser irreconciliable con un mundo que se vio obligado a regresar a sus orígenes de simpleza, cultivos y sociedades de supervivientes tras la debacle tecnológica. Simplemente, la luz se había apagado y nunca más volvió. Así de estremecedor lo contaban los ancianos. Así de escalofriante lo imaginaban los niños.

La generación post-apocalipsis de ese reducto montañoso creció con temor, con la prohibición de acercarse al sector demarcado que rodeaba al pozo, y el mismo miedo los obligó a soportar cualquier situación, incluso desapariciones y hambruna. Pero aquel año ya había sido suficiente. Las cosechas mermadas por las eternas heladas, devastadas de noche por una criatura esquiva, sumadas al agotamiento progresivo del agua limpia, habían terminado con la paciencia del grupo. Todo era culpa del monstruo, alegaban los más viejos, hasta que uno de ellos golpeó su puño en la mesa y salió gritando.

«¡Terminemos con esto! ¡Matémoslo hoy!».

Aquel era Rodán. El líder, el más fuerte. El único que había visto a la bestia a los ojos en una aventura que solo contó una vez, y que aún vivía para perpetuar el mito.

—Alguien tiene que ir y asegurarse de que en verdad esté ahí —opinó un campesino. Las miradas giraron hacia un rostro en común.

Rodán suspiró de miedo y asintió. Guardó el arma en su pantalón.

—No lo pierdas de vista —ordenó a Vancer, apartando con dificultad al niño que estrechaba su torso en un abrazo desesperado. Lo tomó de los hombros y le dio un beso en la frente. El otro campesino se adelantó un paso y atrajo al pequeño hacia sí con determinación, alzando la mirada para escuchar a su líder otra vez—. Debes ser el último en entrar, Vancer. Solo si es necesario. Mi hijo es más importante que tu vida.

El niño se echó a llorar, pero nadie parecía escucharlo. La sombra de su padre reflejada en los fríos cristales del piso bastaba para hipnotizar las conciencias de todos los presentes, incluso de los roedores, que dejaron de chillar en los arbustos cercanos para contemplar el suceso.

Rodán caminó rápido y sin mirar atrás.

El pozo era un hueco grande e irregular en la tierra de las antiguas plantaciones de trigo. Escalerillas de troncos y cuerdas ayudaban a bajar hasta un plano donde comenzaban los pasadizos subterráneos, ahí donde sonaban las goteras y los charcos ahora congelados. Se decía que algunas abuelas habían caminado días hasta encontrar la fuente del agua, pero esas mujeres ya no vivían para indicar el camino correcto.

La extensión de los túneles podía ser interminable y Rodán no sabía cuándo debía detenerse, así que apenas el fulgor de las lunas dejó de marcarle el sendero, lo hizo. Inspiró hondo en la oscuridad. Miró directo a sus zapatos, con la vergüenza pesando cual yunque de acero, y las náuseas comenzaron. El aire denso abombó sus oídos, hinchó sus manos y erizó los vellos de su nuca. Comenzó la taquicardia. También el hormigueo en su espalda.

El fin estaba cerca. Ya era tiempo.

Gritó con todas sus fuerzas y el eco dibujó un gesto de espanto en cada rostro que esperaba fuera del pozo. El primero en reaccionar fue el viejo Vancer, pero el resto de los aldeanos lo obligó a quedarse donde estaba mientras el resto corría a trompicones hacia las escaleras, angustiados ante la idea de desmayarse si veían al monstruo a contraluz. Pero la imagen real fue

más nítida.

En el umbral de uno de los húmedos pasadizos, y apenas oculta tras restos de estalactitas, una criatura deforme de dientes y garras afiladas jadeaba en su propia desesperación.

Los gritos llamando a Rodán se apagaron tan pronto el más joven del grupo se aprovechó de su adrenalina para alzar su punzón astillado. Fue el primero en abalanzarse hacia la muerte y la encontró en pocos segundos, en el tibio *crack* de su cuello a manos del monstruo en la penumbra. Y así le siguieron otros. La rabia los obligó a actuar aunque se supieran en desventaja. Uno a uno intentaron lo imposible, atacando con la fiereza de quien se sabe mártir por un bienestar mayor.

La distancia no fue suficiente para alejar a Vancer del terror. Tomó al hijo de Rodán por los hombros y le hizo prometer que no daría un paso en ninguna dirección. Luego bajó hacia el pozo a buscar la misma suerte que sus compañeros. Lo recibieron disonantes gemidos que se mezclaban con el crujir de huesos, auxilios sofocados y aromas pestilentes que evocaban guerras pasadas. Cerró los ojos, empuñó su daga y decidió adentrarse en la noche del primer túnel. No alcanzó a dar un paso. Sintió su chaqueta rasgarse por el esfuerzo del puño enorme que lo levantaba a varios centímetros del suelo y le apretaba la tráquea. Pronto perdería el conocimiento, pero la luna le permitiría ver al monstruo a los ojos antes de morir.

Sus pupilas se encontraron con las de Rodán, y este ni siquiera tuvo que apretar sus nudillos contra la garganta de Vancer; el asombro cruzó el pecho del viejo como un rayo, y el infarto lo lanzó, inerte, al suelo frío.

Rodán observó el cuerpo a sus pies y luego sus propias garras, lo que habían hecho. Solo entonces recordó el arma en su bolsillo, cargada seis veces, lista para que él, el líder, el monstruo, terminara el trabajo sucio tal como lo había prometido.

Subió la mirada. Quedaba un testigo. El silencio de la tercera luna bordeó la silueta temblorosa de un niño aterrado a pocos metros, a un lado de la escalera. Apenas pestañeó para contemplar a su padre, o lo que quedaba de él. El instinto del monstruo le ordenaba eliminar al recién llegado, igual que a los otros, pero un rastro de lucidez, de la conciencia de Rodán, tomó las riendas de su mente desgarrada por unos segundos.

Cogió el revólver para llevarlo hacia su sien derecha y pulsó el gatillo de metal resbaladizo. No esperaría otro invierno.

* Adaptación de la versión publicada en *Alucinaciones.txt* (Editorial Puerto de Escape, 2007).

Yo te elijo

La pantalla subcutánea tintineó en su antebrazo y Ana le echó una mirada. Un aviso en letras rojas le indicaba que su ritmo cardíaco había llegado a 97 ppm, más acelerado de lo normal, a pesar de estar en reposo. Ella suspiró. Estaba nerviosa, no lo podía ocultar. La niña al otro extremo de la banca también estaba intranquila; enfundados en zapatos blancos de charol perfectamente lustrados, sus pies inquietos se movían sin alcanzar a tocar el suelo, el que parecía muy interesante porque no podía quitar sus ojos de él. De tanto en tanto, Ana y ella cruzaban sus ojos, cordiales y expectantes, sin mediar palabras. Su nombre era Karina, según aparecía en la ficha confidencial de postulantes.

Dados los caminos de gravilla fina, las banquetas de madera, el césped tan cuidado y los árboles meciéndose con la brisa tibia, parecía que estaban en un parque ciudadano. Pero no había más personas ahí, ni transeúntes ni paseantes. Tampoco juegos infantiles o mantas de picnic. Esos terrenos pertenecían al Santuario Canino de Montreal, uno de los seis que existían en el mundo y los únicos en donde se podía acceder a una adopción legal.

Ana vivía en Chile y Karina en Suiza. Llevaban poco más de un año en el proceso y esta era la última etapa. Era un procedimiento despiadado de investigación y descarte en el que mucha gente quedaba en el camino. Tests psicológicos, chequeos médicos, documentos de solvencia económica... Parecía nunca terminar. La OMPA (Organización Mundial de Protección Animal) hurgaba en todos los detalles.

Se decía que en los muelles del canal de Panamá aún existían adopciones clandestinas, pero ya que las fiscalizaciones eran tan estrictas —sobre todo en aviones y embarcaciones de transporte de mercancías, sin contar las penas cada vez más duras—, el mercado negro ya no valía la pena. Si aún subsistía, lo hacía bajo un manto de leyenda urbana, pues desde el año 2133 que el

Tratado de Sierra Leona estaba vigente para todos los países del orbe, con la incorporación tardía de EE.UU. y Belice, tras fuertes negociaciones diplomáticas.

Solo los santuarios tenían potestad legal para gestionar adopciones. La venta privada de perros pasó a ser tipificada como un acto criminal y los criaderos fueron confiscados y clausurados. Comprar un cachorro de catálogo era una acción bárbara que había quedado en el pasado. Todos los canes pasaron a ser propiedad de organismos del Estado con tal de asegurarse de que las adopciones se realizaran en condiciones óptimas y bajo toda regulación. Cesiones estudiadas y calculadas. Después de todo, eran animales cuyo hábitat predilecto era el doméstico, y si la OMPA pretendía darles la mejor calidad de vida posible —física y emocionalmente—, había que permitirles residir entre humanos. Era lo que anhelaban: una casa común, una familia, una relación fuerte e indisoluble, como el mar y la sal. Los santuarios eran lugares hermosos, amplios, limpios, muy verdes y luminosos que favorecían el desarrollo de perros sanos y vigorosos... pero tristes. No eran criaturas salvajes; su biorritmo decaía notoriamente en contextos de soledad. Sin duda, humanos y perros se necesitaban, pero esta ya no podía ser una necesidad cubierta en libertad.

Por eso las adopciones, el «rito de elección», era tan importante. Los perros no escogían a cualquiera para pasar el resto de sus vidas. Ser elegido era entendido por el humano como un privilegio y un honor. Había muchos dispuestos a pagar lo que fuese por un animal noble que ofreciera quince años de lealtad y amor incondicional, y los santuarios eran el único camino para conseguirlo. La lista de espera era eterna y la esperanza de los ingenuos sostenía al sistema, así como las asociaciones científicas de preservación canina. Gracias a ellas, hacía apenas 90 años había podido demostrarse que los perros tenían la misma capacidad emocional que las personas, que comprendían perfectamente el lenguaje humano aunque no pudiesen reproducirlo, y que su intuición ante situaciones de peligro o necesidad era tan alta —casi como si pudiesen leer la mente— que se registraron como seres invaluable para una humanidad en decadencia. Fue entonces cuando las cosas comenzaron a cambiar. La cruce indiscriminada derivó en tantas enfermedades y problemas congénitos que razas completas desaparecieron en cuestión de décadas, y ya no eran más que nombres en libros antiguos de zoología. Los que quedaban, aunque se les protegiera por ley, mermaban en número año tras año.

El último estudio de la ONU había arrojado una cifra total de unos pocos miles en el mundo. El perro se había convertido en una especie protegida en peligro de extinción, una criatura sagrada a la altura de las vacas en India en algún siglo anterior. Que se convirtiesen en un simple recuerdo, como los osos polares y las abejas, era solo cuestión de tiempo.

Karina movía mucho sus pies. La brisa revolvía su pelo. Sus zapatos lustrados, su vestido impecable. Miraba hacia el césped contando tréboles para dominar la angustia y suspiraba de tanto en tanto. En pocos minutos Ana le había tomado un leve aprecio. Parecía una niña linda, de buenos sentimientos. Imaginó que su familia era importante, quizás, bien vinculada a la embajada. Utilizar niños como postulantes era una estrategia conocida pero algo manoseada, por lo que la regulación se había vuelto más estricta. Era muy difícil competir contra un niño, ya que eran los elegidos natos. Porque a eso iban: a competir. El perro solo escogería a una de las dos.

Ana sonrió a la pequeña. Sintió cariño por ella y lástima por sí misma. Estaba preparada para perder.

Su esposo le había advertido que era tiempo y dinero desperdiciado, pero Ana había llenado todos los formularios, asistido a todas las entrevistas y pagado todos los impuestos administrativos de cada etapa. No podía tener hijos, así que esto era lo más cerca que estaría jamás de la experiencia de la maternidad. En la última carta le habían revelado detalles: el can elector sería un cachorro de labrador azabache, hembra, de seis meses de edad. Sabía que sería hermosa —aunque no hubiese fotos a las que acceder—, ágil y generosa. También astuta. Si bien los perros que detectaban cáncer eran una raza particular de servicio científico (conocidos como Border Collies) que jamás ingresaban a los procesos de adopción de humanos, los profesionales concordaban en que todos los canes poseían, en alguna medida, esa habilidad, la capacidad de percibir el sufrimiento de otros. Ana no creía en las excepciones; sabía que la cachorra la descubriría. Como eran animales inteligentes que debían asegurar su supervivencia y buena calidad de vida, la comunidad académica concluía que un perro jamás adoptaría a un enfermo, si bien no había registros reales de un paciente en esas condiciones llegando a la última etapa, al «rito». Solo eran suposiciones, fundadas, pero suposiciones al fin.

Hacia solo semanas le habían diagnosticado un carcinoma de Paget en metástasis. No le habían dado más de cuatro meses de vida. Las personas

desahuciadas no podían aplicar al programa de adopción, pero los exámenes rutinarios de Ana al comienzo del proceso habían salido bien, lo que le permitía continuar en carrera sin que nadie sospechara la verdad. Una carrera en vano. Pero ya estaba ahí, y aún había un espectáculo por apreciar.

Un hombre alto de chaquetón largo llegó de pronto junto a la mujer y la niña, sobresaltándolas. Ambas extendieron sus antebrazos por inercia. Él presionó un sensor sobre la piel de Karina y en su pantalla subcutánea tintineó su número de identidad nacional junto a la palabra «Pendiente». El tipo chequeó el número en su registro y asintió. Luego hizo lo mismo con Ana, dejando que el sensor descubriera el número para cotejarlo con su listado. «Pendiente» saltaba en letras rojas. Asintió otra vez y se apartó. En pocos minutos eso cambiaría a «Adoptada» y «Rechazada».

No había nada realmente fastuoso en el llamado «rito de elección», sino solo una profunda solemnidad. En la explanada de césped, cercada por grandes árboles y pequeñas lagunas, apareció otro hombre con un chaquetón similar, y a su lado, una serena cachorra de labrador, sentada sobre sus patas traseras. Un diminuto dispositivo inteligente destacaba adosado a su oreja izquierda. Movía su cabeza de un lado a otro lado, quizás, evaluando la situación. No llevaba ni collar ni correa. En los santuarios los perros se mantenían en espacios abiertos sin jaulas ni caniles, de acuerdo a la ley vigente.

La regla era simple: el can adopta, no el humano. El artefacto inserto en un cartílago de su oreja enviaba mensajes cifrados al dispositivo que poseía el hombre a su lado, y este a su vez los traducía de lenguaje binario a letras, palabras. Si el perro quería decir algo, el aparato lo reproduciría en la voz robótica de una operadora. No era una tecnología capaz de manifestar ideas muy elaboradas ni largas oraciones, eso aún estaba en desarrollo, pero en este caso solo tres palabras eran suficientes para sentar el veredicto: «Yo te elijo».

Las manos de Ana sudaban. Karina se aferró al borde de la banqueta de madera. A su alrededor todo era silencio, incluso las aves se habían callado para admirar. Una familia estaba a punto de nacer.

La cachorra se reincorporó y el aparato sonó. «Estoy lista», dijo la voz. Luego trotó hacia adelante. Desde ese momento se la dejaba en libertad de movimiento hacia los dos postulantes, se le daban algunos minutos de reconocimiento y deliberación, y el actuario tomaba nota. La elección del can siempre era evidente, aunque no siempre sucedía tras los mismos gestos.

Había que poner atención.

Se detuvo a unos centímetros, volvió a tornear la cabeza observando a la mujer y a la niña, y entonces se acercó a Karina. Ana sintió su corazón en la garganta y miró con ojos de angustia al actuario, quien se erguía a unos metros de distancia. Como la actitud del hombre no había cambiado, la tensión se sostuvo. Quizá ese primer acercamiento no era suficiente para denotar preferencia...

La niña, expectante, detuvo sus pies mientras la cachorra olfateaba sus zapatos, y en su sonrisa había algo de triunfo. Mantuvo sus manos pegadas a la madera para evitar la tentación de tocar al pequeño animal; estaba prohibido. No se podía acariciar a un perro ajeno a menos que su dueño lo permitiera o, en este caso, a menos que el actuario lo autorizara. Los funcionarios del santuario limitaban las interacciones de los postulantes con los canes residentes para evitar que se establecieran conexiones emocionales con humanos que no correspondieran a los perfiles requeridos, o peor, con humanos que no volverían a ver.

Ana sintió sus ojos llenarse de lágrimas. Estaba muy agradecida por el solo hecho de estar ahí, tan cerca de un ejemplar tan hermoso. No tenía recuerdos de uno, solo de una historia que su madre le contó una y mil veces antes de dormir cuando era niña. Su bisabuela María había pertenecido a la última generación que pudo adquirir animales de compañía sin restricciones. Su perro Scotty, un querendón Mini Pei Americano de pelaje oscuro y rolludo —cuyo nombre en realidad era Teniente Comandante Montgomery Scott—, la había acompañado en sus momentos más importantes. Alguna vez confesó, incluso, que su presencia y apoyo emocional había salvado su vida tras su divorcio. Bautizado como uno de los personajes principales de una antigua serie de ciencia ficción que conocía de memoria, se convirtió en un miembro más de su familia y, al morir, sus cenizas estuvieron en la mesa de noche de la anciana hasta su último día. Cuando ubicaron el cuerpo en el ataúd, sus hijos dejaron el ánfora de Scotty entre sus arrugadas manos. Había sido su única y verdadera historia de amor.

De un salto la cachorra subió a la banca y se apoyó en las piernas de Karina para olfatear su pelo. La niña rio por las cosquillas. La adoptante movía su cola. Era una afinidad innegable que el actuario atestiguó con un movimiento positivo de cabeza.

Entonces, sin avisar, la cría volteó. Con pasos lentos cruzó por la madera

hasta el otro extremo, donde Ana respiraba con dificultad. El animal la observó un momento, acercándose luego a la abertura de su blusa. Olfateó su pecho y Ana cerró los ojos. Una cirugía de emergencia eliminaría uno de sus senos en pocas semanas. Imaginó las células negras, putrefactas del cáncer bailando bajo su piel. Aroma a muerte que la identificaba sin dudas, como el timbre de un pasaporte.

Pero la pequeña adoptante olía a champú. Su pelaje negro brillaba con los retazos de luz que se colaban entre los árboles. Y la miró a los ojos. Ana asintió, levemente, como si el animal perdonara el descubrimiento en un gesto silencioso. Ella parpadeó, intuyendo ese perdón.

Lo sabía. Lo sabían.

En un suave movimiento, la cachorra regresó sobre sus pasos hasta Karina. La niña cambió su gesto de angustia a uno de esperanza. Sus manos aferradas a la madera aflojaron un poco al sentir la nariz húmeda y, tras eso, una lengua tibia y áspera en su mejilla. Rio fuerte esta vez. El sensor emitió un pitido y el actuario dio un paso hacia adelante.

Ana decidió no mirar. Volvió a agradecer internamente la posibilidad de estar ahí, de vivir ese momento. Entonces fue cuando escuchó un «Lo siento» muy claro, en el tono seco y maquinado de una inteligencia artificial.

Demoró un segundo en parpadear y voltear. Notó que el rostro de la niña era de absoluta incredulidad, quizás tanto como el del actuario, con la vista fija en el dispositivo en sus manos y la frase que de este había emanado. La cría no se detuvo en sus gestos y regresó hacia Ana. Apoyando sus patas en la pierna de la mujer, volvió a olfatear su pecho, su cuello. Buscó luego sus manos, lamiendo suavemente sus dedos. Entonces se acomodó en su regazo, arremolinada, como si fuese a dormir.

«Yo te elijo», sonó en el aparato del actuario, al tiempo que la palabra «Adoptada» aparecía en el antebrazo de Ana. Sus lágrimas cayeron en su piel y en el pelaje impoluto de la cachorra. Sintió su calor en su vientre. No volvió a moverse.

—¿Cómo te llamarás? —susurró el actuario cerca del oído del animal. Era costumbre que, una vez terminado el rito y adoptado el humano, el perro escogía su propio nombre.

El sensor en su oreja parpadeó. El dispositivo en las manos del hombre emitió un sonido bajo, como un murmullo. Ana no alcanzó a escuchar.

—¿Qué dijo?

—Uhura —repitió el actuario, arrugando el entrecejo—. Teniente Nyota Uhura. ¿No es un personaje de *Star Trek*?

Ella sonrió, sin duda su bisabuela celebró en algún lugar de su mente. La niña corrió hacia algún lugar del parque, sin ocultar sus sollozos. Pero no sería por mucho; en la víspera de su cumpleaños número once, un lanudo Golden Retriever la adoptaría en el Santuario de Ginebra.

Ana no alcanzó a cumplir los 35. Murió tres años, nueve meses y doce días después. Funcionarios de la OMPA fueron notificados por personal del hospital para que se encargaran de reubicar al can, pero antes de que llegaran al área de Oncología, Uhura cerraba sus ojos a los pies de su dueña por última vez. La autopsia reveló un cóctel de fármacos en el estómago del animal, quizás robados de alguna estantería. Los suicidios caninos eran tan inusuales que el caso se fichó como «accidente» y las autoridades locales lo aceptaron. Las enterraron con un día de diferencia, una al lado de la otra, en el mausoleo familiar.

El esposo de Ana mandó a esculpir el epitafio de mármol. «Nos elegimos», rezaba. Como el mar y la sal.

Cenizas de Verón*

Su barba goteaba y sus pies estaban llenos de barro, pero no pensó en eso cuando cruzó la puerta en dirección al sótano. Jamás le había importado, en realidad. Laura solía ser muy exigente en la pulcritud de la entrada, de sus alfombras costosas y el mármol impoluto de sus muebles, pero sus hermanas y ella estaban siempre en el mismo sucio, oscuro, denigrante sótano. ¿Qué importaba la limpieza del piso de arriba?

Azotó sin querer la cortina de madera al final de la escalera. Eso perturbó la atención de las tres espectadoras ante el altar, pero no a Paula, quien siguió en lo suyo con la solemnidad que ameritaba.

Miraron a Mont con una expectación perturbadora.

—Están frescos —explicó él, cansado.

Arrojó la malla con peces al suelo y el agua salina salpicó a todos lados. Algunas criaturas todavía saltaban en un inútil intento por escapar.

La primera en abalanzarse fue la hermana mayor. Nunca había visto a Laura tan hambrienta, pensó Mont, dando un paso atrás antes de que confundieran sus zapatos como parte del botín. Bo y Georgia, las hermanas de en medio, no tardaron en seguirla.

—Llegas tarde —moduló Paula, en un tono parecido a un cántico. Él apenas subió la mirada, embelesado con las tres mujeres peleándose por escamas y espinas entre asquerosos sorbeteos.

—No son el único grupo de mi recorrido hoy.

Paula seguía dándole la espalda, levemente inclinada ante una mesa blanquecina en medio de una tarima, parecida a un altar. Muy concentrada y con un pulso envidiable, dibujaba una delicada línea de polvillo grisáceo con una tarjeta platinada.

—Sujeta a papá, ¿quieres?

El ánfora de metal, muy cerca de la orilla de la mesa, amenazaba con caer.

Mont frunció el ceño, reticente. Involucrarse no era parte del servicio y jamás se había acercado tanto a ellas; no estaba seguro de que estuviera permitido. Pero no tuvo mucho tiempo para vacilar. Avanzó un par de metros y creyó entender lo que ella pedía. Tomó el recipiente con cuidado y retrocedió un poco.

Si algún vecino se atreviera a investigar más de la cuenta la vida de esa familia, no encontraría nada fuera de lo normal. Quizás consideraría a las hermanas un tanto ariscas, pero ariscas inofensivas. No salían de la casa más que para ir a la universidad y viceversa, no hacían fiestas con androides, no llenaban el jardín de botellas vacías o con ruidosos drones musicales, tampoco vestían indumentaria extravagante que las relacionara con algún movimiento de moda. Se denominaban «hermanas» aun cuando entre ellas no hubiera ningún parecido físico destacable. Además, eran muy caritativas, dada su preocupación constante por la menor, a quien debían ayudar a caminar por lo que parecía una dolorosa malformación en sus piernas. Si bien ya existían sofisticadas prótesis para solucionar un problema así, quizás no tenían el dinero para obtenerlas. Eran cuatro jóvenes comunes, silenciosas pero comunes, que no molestaban a nadie ni querían que las molestaran a ellas. ¿Qué podía haber de extraño en todo eso?

Esa conclusión permitía a Mont trabajar con menos presión. ¿Qué le importaban a él las costumbres de un puñado de familias raras? Llenaba las redes en el puerto, las subía a su camioneta, durante la noche dejaba las mallas en cada una de las siete casas y se olvidaba hasta el siguiente mes. Le pagaban en efectivo y mucho más de su valor en el comercio. La única condición era no contar a su jefe dónde llevaba los peces, ni comentar con nadie, jamás, cualquier cosa que viera en alguna de esas casas. Su respetuoso silencio era premiado con succulentos bonos cuando menos lo esperaba.

Sin embargo, no podía evitar recordar las viejas leyendas heredadas que a los pescadores más experimentados les encantaba contar una y otra vez. Prestaba oído hasta para las más absurdas. Que el pueblo había sido fundado por vampiros encubiertos, escapando de la cacería que se inició con el boom de los dispositivos geolocalizados. Que algunos, en realidad, eran muertos resucitados por alguna tecnología alienígena y que por eso no había pájaros cantando en ningún momento del año. Que había grupos que mataban al líder y se repartían el cuerpo para devorarlo entre ellos, porque esa suerte de dieta endogámica mantenía su aspecto humano en un mundo infestado de criaturas de

otros planetas con morfologías nuevas. Que si alguno del grupo no desarrollaba colmillos, era marginado a las más secretas atrocidades. Que el paso de las generaciones los había domesticado y ahora se alimentaban solo de cadáveres, aunque otros de insectos. También estaban los que pensaban que eran como el milenario Drácula y otros no, que ahora ya nadie podía reconocerlos, y que quizás eran esos albinos que criaban perros positrónicos en la calle 16.

Entre otras supersticiones ridículas.

Eran historias sin comprobar, por supuesto, pero las sospechas reales se incrementaban ciertas noches al mes, sobre todo cuando Paula no podía soportar el dolor y lanzaba un grito de espasmo. Laura era la primera en contenerla, lograba tranquilizarla en pocos minutos y se disculpaba ante el policía que tocaba la puerta, diciendo que su hermana sufría de un mal crónico que ya era tratado con medicamentos. Nadie discutía su cara tersa de credibilidad.

Paula, la menor y más débil del clan, trataba de cumplir su deber sin chistar. Si la ración de peces no estaba suficientemente fresca o descontaminada, ella se debilitaba más rápido ante el acecho de esas rémoras que dependían de su cuerpo, y no podía permitirse flaquear. Era lo que se esperaba acorde a su honor: resistir y mantener la pureza de sus hermanas. No tenía opción. Nunca la tuvo. Al menos eso había escuchado Mont una vez sin querer, y se había obligado a olvidarlo.

—¿Dónde está mi dinero? Estoy perdiendo tiempo.

El apuro de Mont sacó a Paula de su trance y pudrió su humor, pero continuó como si nada. Se reincorporó lentamente, sin mirarlo a él, sino a la perfección de la larga línea gris. Con apenas dos dedos, sacó del bolsillo trasero de su pantalón un papelillo de arroz, casi transparente, y lo enrolló con agilidad.

Se sujetó en una muleta, y se quedó lo suficientemente erguida para que la luz de la calle que entraba por la pequeña rejilla le diera de lleno en el rostro. No estaba más pálida ni ojerosa que de costumbre, pero probablemente era la primera vez que Mont la veía así, tan de cerca. Sus fosas nasales estaban sanguinolentas, con algunas venas moradas descubiertas hacia las mejillas. Sus labios reseco tenían costras que no sanarían nunca, y su sonrisa lastimera evidenciaba la cualidad que supuestamente la hacía tan especial y, a la vez, maldita: la ausencia de incisivos.

Quien no podía morder, debía dejar que lo mordieran.

—Verón, padre... A tu imagen y semejanza seguiremos. Que así sea.

Los trazos de cabello castaño cubrieron su cara al volver a inclinarse apoyando los codos. Entonces, sujetando el delgado rollo de papel entre sus dedos, cerró los ojos con fuerza y aspiró, echando la cabeza hacia atrás. Se sacudió en un escalofrío y preparó su nariz otra vez. Una delgada capa de polvo en suspensión se levantó hasta su coronilla. Aspiró de nuevo. Tosió y tosió, ahogada y, resbalándose de la muleta, se desplomó en una silla contigua, mientras ladeaba la cabeza para vomitar bilis sobre el piso de cerámicas quebradas.

Mont apretó el ánfora contra su pecho a causa de los nervios. La tapa de seguridad estaba aflojada, y al observarla entendió lo que estaba presenciando. Tuvo una arcada. Quería pensar que eran habladerías, negarlo hasta el resto de sus días, pero ni la peor teoría podría haberlo preparado para eso.

No se comían al líder a pedazos. Preferían sus cenizas.

Temblando, separó su cuerpo de la vasija mortuoria y la dejó en el suelo varios metros atrás. Quería correr, pero la escena lo paralizó. Laura se acercó al altar y se aseguró de que su hermana menor estuviese inconsciente. Luego le arremangó la gruesa falda de encaje hasta la cintura. Entonces llamó a las demás. Al tiempo que ellas se levantaban, Mont, atrás pero presente, cayó de rodillas. Los muslos magullados, deformados, de la pequeña Paula, eran un espectáculo aterrador. Parecían roídos por cien ratas hambrientas.

Pero las ratas solo eran tres, grandes, fuertes y ciegas.

Georgia hizo a Laura a un lado y se lanzó sobre el muslo derecho. Rápidamente ella cogió el izquierdo, y Bo, por el momento, se contentó con atrapar las hileras rojas que se deslizaban hasta los tobillos de Paula.

El olor a saliva, coagulación y pescado sin digerir conformaban una mezcla nauseabunda imposible de tolerar. Antes de vomitar, Mont se levantó a tientas para huir. En el segundo exacto en que fijó su mirada hacia delante para no perder el equilibrio, sus pupilas encontraron el bolso de Paula bajo la mesa. Junto a una tableta electrónica sobresalían varios billetes de 20 mil.

Se arrastró como pudo, haciendo el trabajo imposible de no escuchar el sonido asqueroso de un vejamen en pleno avance. Peligrosamente cerca del grupo, estiró su brazo hasta la mochila y tomó el fajo. No se detuvo a contarlos.

El gemido disonante de Bo lo hizo voltear. Limpiando su boca con la manga

de su blusa, buscaba frenéticamente algo en el piso con su mano libre. Se veía contrariada, casi asustada. Fue en su siguiente gemido que mostró a Mont lo que nunca debió: una dentadura perfecta, llana, sin incisivos definidos, en un gesto contenido de rabia por la pérdida de su secreto en las grietas de las cerámicas.

Antes de convertirse en víctima, prefería ver a su hermana morir.

Él la encaró con impotencia, justo cuando ella recogía uno de sus colmillos falsos con las uñas. Para entonces, Mont ya estaba arrepentido de lo que fuera que su lenguaje no verbal estaba diciendo. ¿Quién era él para juzgarla? Era solo un pescador, un codicioso cazador de los pocos peces sanos que quedaban en un mar ya tóxico de poliuretano, acostumbrado a estafar a quien pudiese. Nunca debió estar ahí.

—Estás... muerto —balbuceó Bo, fulminándolo con una mirada que él no supo interpretar con exactitud. Solo podía asegurar que congelaba el corazón de cualquier mortal, como el suyo.

Laura y Georgia estaban en un éxtasis tal que no escucharon ni se percataron de lo que sucedía a ras de suelo. De seguro Bo habría alcanzado el cuello de Mont en un certero manotazo si no hubiese sido por Paula, quien despertada por su propio grito en un shock de dolor, empujó a Georgia y Laura con una fuerza inaudita, protegiendo por instinto lo que quedaba de sus piernas destrozadas.

Mont se levantó de un salto, corrió sin mirar atrás y subió los escalones de tres en tres, azotando la puerta principal. Gritó al dispositivo automático de su camioneta y esta se encendió. De camino a donde fuera, a cualquier parte, arrojaría lejos las mallas pestilentes que quedaban en el maletero.

Manejó hasta la carretera periférica y siguió con el pie en el acelerador. Se buscaría un pueblo nuevo. El grito de Paula, que todavía retumbaba en su tímpano, no le incumbía. No era su culpa ni le importaba. No podía importarle. No voltearía para ver si alguien lo seguía. «No es mi culpa», repetía en voz baja... aunque sabía que sí. Debería haber llevado peces frescos de verdad.

* Adaptación de la versión publicada en *Cuentos chilenos de terror* (Norma Ediciones, 2010).

3U63N14

El Escuadrón de Emergencia demoró menos de diez minutos en llegar al lugar, pero Claudio no dejó que se acercaran a Eugenia. No podía prever su reacción. Uno de los paramédicos se presentó también como psiquiatra, le aseguró que podía convencerla de no quitarse la vida, pero Claudio seguía negándose. «Déjenme, déjenme con ella», pedía, desesperado, obligando a policías y rescatistas a mantenerse a una distancia prudente. También pidió que guardaran silencio. El ajeteo lo atontaba y necesitaba pensar con claridad.

Eugenia le daba la espalda. Llevaba puesto el vestido que Claudio le había regalado en su último cumpleaños. Tenía el pelo suelto sobre los hombros, como a él le gustaba. Balanceaba con suavidad sus piernas sobre la viga de hormigón, sin mirar hacia abajo. El edificio estaba en construcción y no había más que cemento, ladrillos y fierros a su alrededor. Salvo frente a ella. Frente a ella había un gran espacio abierto, bello, vasto y aterrador. No se conseguía una vista así en otro lugar de la ciudad. Al borde del piso 27 no había más que dos opciones: jugar a ser un pájaro o jugar a morir.

—Un águila —dijo Eugenia de pronto—. Eso quiero ser, aunque nunca he visto una.

Claudio le sonrió con el nerviosismo contenido en su garganta, pero ella no lo notó. Calculaba cada movimiento para no sobresaltarla. Estaba apenas unos pasos tras de ella; si hacía las cosas bien y confiaba en sus reflejos, podría abalanzarse, tomarla de los hombros y llevarla al piso. Forcejearía, pero al menos estaría a salvo. Parecía un buen plan, pero la teoría siempre aguanta mucha imaginación. La realidad era más fría; si fallaba en un centímetro, si solo rozaba su brazo en lugar de tomarlo, la perdería en el vacío. No había espacio para torpezas.

Esos pasos que lo separaban de ella parecían kilómetros, un desierto sin

fin. Sentía las piernas agarrotadas tal como si hubiese corrido por horas, cuando en realidad no había recorrido más que unos centímetros. Culpaba a la tensión de estar tanto tiempo en medio de la brisa helada de invierno, cerca pero lejos del amor de su vida y temiendo la peor tragedia de todas.

—Te llevaré a ese parque nacional que se abrió en la cordillera. Está a un par de horas de camino desde aquí —le respondió Claudio, dulce, inmóvil—. Hay varios tipos de águilas ahí.

—Pero yo quiero ser un águila grande, de alas enormes.

—Las verás.

—Y un roble, de esos grises que hay en la Patagonia. Eso también quiero ser. Porque puedo ser lo que yo quiera, ¿no, amor?

Un murmullo de preocupación llegó hasta él desde el grupo de paramédicos, metros atrás. Escuchó las palabras «inestable», «urgente» y «peligrosa». Quizás ya estaban preparando alguna inyección tranquilizadora, quizás una camisa de fuerza. Se arrepintió de haber llamado por ayuda, pero lo cierto es que ya no sabía qué hacer frente a esas crisis cada vez más frecuentes. Sintió las lágrimas agolparse bajo sus párpados, pero pronto recordó que estaba ahí para aguantar, para contener, no para flaquear.

—Cariño, aléjate de la orilla y...

—¿Qué más puedo ser, Claudio? —siguió ella, con la mirada fija en los edificios a lo lejos. Su pelo se desordenaba con el viento.

El rumor de las calles atestadas de autos y transeúntes en plena hora punta subía hasta ahí como un zumbido de abejas. A Claudio le pareció distraída, así que aprovechó el segundo y arrastró levemente su pie derecho, cargando su cuerpo hacia un lado. Necesitaba ver el rostro de Eugenia, descifrar sus gestos. Que ella lo viera a él. Sabía que el contacto visual podía ser un elemento a su favor.

Tan solo logró observarla de perfil.

—Ya eres maravillosa —dijo Claudio, modulando despacio para que no se notara tanto su respiración entrecortada.

—Los cohetes son maravillosos. Llevan personas a la luna, a Marte. Yo podría llevar familias a la colonia lunar.

Por algunos segundos aflojó la mirada perdida y bajó la cabeza, como si se mirara hacia adentro. Él sintió que ella aterrizaba, por fin, en una dimensión donde estaba atenta, lúcida. Donde podía escucharlo bien, advertir su presencia.

—Eugenia...

—Es un buen nombre para una guitarra. Eso también puedo ser.

—¿Y si eres simplemente tú? —sugirió, cuidando el tono de cada sílaba. No sirvió de mucho: ella, con sus manos apoyadas sobre la viga de concreto, una a cada lado de sus muslos, se movió un centímetro más hacia la caída inminente.

—Es una buena pregunta —respondió, calmada, profundamente triste. Tomó aire y continuó—. Simplemente yo... ¿Qué quieres tú que yo sea, Claudio?

Él sintió su corazón apretarse. También sintió náuseas.

—Cada quien puede decidir lo que quiere ser —se atrevió a decirle, aunque conocía de sobra las consecuencias de esa frase inexacta. Era una medida desesperada.

Entonces ella volteó por primera vez. El mundo se detuvo. Lo miró fijo durante varios segundos, eternos, traspasando su tormento sin pestañear. Claudio imaginó que una bala en su cráneo habría sido menos doloroso que esa mirada.

—«Cada quien»... No es cierto. No todos.

—Dime lo que quieres y lo tendrás.

—¿Así funciona?

Él sintió su mentón temblar.

—Eugenia...

—Yo te amaba.

—Yo te *amo* —se apresuró en contestar Claudio, enfatizando el tiempo presente. Hizo el intento de mover un pie hacia delante, pero ella inmediatamente se inclinó hacia el vacío. Los movimientos sin pensar se pagaban caro.

—¿A quién amas?

—A ti, a ti.

—¿Mi pelo?

—Por supuesto.

—¿Mis manos? ¿Mi voz?

—Todo.

—¿También mi alma? —añadió, desafiante pero abatida. Él no pudo articular palabra y las lágrimas ya corrían por sus mejillas. Eugenia asintió con los labios pegados, deseando poder llorar también—. No, ¿cómo podrías? Para que ames mi alma, primero debo tener una.

El rostro de Claudio pasó al pánico, sintiendo los ojos de la policía en su nuca.

Nadie lograba entender cómo una inofensiva discusión de amantes había terminado en eso, ahí, con un hombre arrepentido hasta los huesos y una joven colgando como una hoja ante el abismo. Bastó una simple frase dolida, con un secreto preciso, para que todo se fuera al carajo. El remordimiento lo acosó en el acto, pero no sirvió de nada. Eugenia ya había tenido otras descompensaciones, pero nunca una como esta, esperable después de saber la verdad. Y tras esa última frase, Claudio caía por primera vez en la cuenta de que, sin quererlo, podría ir a la cárcel.

Los androides nunca debían descubrir que lo eran. Nunca, por ley.

Era una tecnología incipiente, experimental, ideal para maquinaria o servicios, pero no aconsejada para su uso en relaciones personales, menos sentimentales, ya que los resultados se volvían impredecibles. Algunas personas se arriesgaban. Algunos simplemente preferían no escuchar.

—¿Qué importa que no la tengas? —dijo Claudio, desconsolado.

Ella negó, sintiendo pena por él. Mentir nunca fue su mejor habilidad.

—Un águila —concluyó, segura, llevando una mano a su pecho. Miró hacia abajo, hacia el precipicio, y luego a él—. La próxima vez quiero ser un águila. ¿Me lo prometes?

Claudio balbuceó un «no, no, no» que nadie alcanzó a oír. Ella se inclinó, sintió el viento en su cara... y no se movió más. Presionó un punto a la altura de su esternón. Un botón. Se escuchó un débil *click*. En el visor de control de la policía, el androide PLE-7, de código 3U63N14, apareció como «desconectado». Un paramédico declaró la muerte técnica a las 19:03.

La rescatista que estaba más cerca de Claudio lo vio moverse torpe, entumecido por las circunstancias, pero no supo reaccionar a tiempo. Él dio dos, tres pasos hacia adelante, y abrazó con fuerza el cuerpo inerte de Eugenia por la espalda. Luego cayeron edificio abajo. Si alguno de los testigos gritó, fue en estado silencioso, hacia adentro, como el asombro culposo.

En el aire, Claudio también quiso ser un águila, o algo más, o algo menos. Un alma menos.

Almas de rojo

Sonó la alarma y ambas corrieron hasta el portón. Se sonrieron. Chequearon que los segunderos de sus respectivos relojes se movieran al unísono y entonces se despidieron con la mirada. Ianka corrió hacia su edificio, Lidia hacia el suyo.

A veces Lidia quería abrazarla. Observaba a Ianka varias veces al día sin que ella se diera cuenta. Buscaba memorizar cada detalle de su rostro. Quería dibujarla, pero debía imaginar lo que había tras su máscara antigases y eso era un problema. ¿Su mentón sería cuadrado o en punta? ¿Su nariz sería redonda o aguileña? Solo tenía bocetos de ojos marrones. Al día siguiente, a la misma hora al terminar las clases y frente al portón, Lidia se atrevió a pedirselo. El entusiasmo la presionaba y no había ningún adulto cerca. «Di que sí, son quince segundos», rogaba en su mente —porque no dijo ni una palabra, claro, pero movía mucho la punta de sus pies. Hasta que Ianka llevó una mano tras su cabeza y desabrochó el seguro. Lidia saltó de alegría sin soltar su cuaderno y lápiz. Ianka tomó una gran bocanada de aire, apretó los labios y se quitó la máscara. Habría sonreído si hubiese podido. Lidia tiraba líneas con torpeza y rapidez, hipnotizada por el hoyuelo en su mejilla derecha... hasta que Ianka tosió. Su boca se había amoratado por aguantar la respiración. Compartieron ojos de angustia mientras ella volvía a ponerse la protección sobre su rostro.

Lidia temblaba. Había perdido la noción del tiempo. ¿Habían pasado más segundos de los permitidos? Ianka le tomó una mano y asintió. Al parecer estaba bien. Miraron sus relojes: sincronizados. Eran las cuatro y siete de la tarde. Ianka fue la primera en moverse, cruzando a la acera de enfrente y hasta su edificio. Su madre la esperaba ahí.

Quedaban tres minutos para el toque de queda. Lidia también debía correr.

La niebla bajaba todos los días a las cuatro y diez. Recorría las calles como una serpiente persiguiendo a un ratón. Abarcaba hasta la esquina más

diminuta, bloqueaba cada puerta, ventana o alcantarilla, se enredaba entre las construcciones altas y cubría sin tregua el sol; el manto tóxico acumulado por décadas de contaminación industrial inescrupulosa era tan denso que lo eclipsaba y los rayos no lograban traspasarlo. Los días eran cortos, y cada noche artificial era una noche gris. A las siete y veinte de la mañana se disipaba, permitiendo a los habitantes tener una vida relativamente normal. Porque ahí todavía tenían suerte. En otros lugares la niebla se había quedado. Xingtái, en China, fue la primera ciudad en caer algunos años atrás. Siete millones de habitantes atrapados en sus propias casas, asfixiados lentamente. Siguieron otras en India, en Arabia Saudí... ciudades fantasmas, desiertos de cemento y ceniza en tierras inertes de cuerpos a medio enterrar. La niebla llegaba a las calles como un tren suizo, siempre a la hora, pero era un invitado de piedra. El temor era que jamás quisiera irse.

Lidia cruzó el umbral de su edificio a las cuatro y nueve. Su padre estaba esperándola, furioso. Entraron al ascensor sin mirarse ni tocarse, hasta que la luz del número veinte en el tablero se apagó. Las puertas metálicas se abrieron y Lidia vio frente a ella la puerta de su departamento. Quería correr sin esperar, pero no tenía llaves. Debió seguir los pasos de su padre hasta que girara el cerrojo, cerrara la puerta tras él y encendiera el sensor de oxigenación, el que solo existía en el interior de las casas. El pitido les indicó que ya podían respirar sin protección.

Lidia no se quedó a escuchar el aburrido sermón de llegar a la hora, del peligro, de la responsabilidad. Se quitó la máscara, la colgó en el gancho de siempre y acarreó su mochila hasta su habitación. Tenía algo más importante que hacer.

Desde que habían llegado al vecindario, la madre de Ianka no la dejaba ir sola a ningún lugar, y cuando tenía que viajar, la dejaba al cuidado de su abuela para que no saliera. Lidia no conocía otra niña de su edad; ver a Ianka llegar a su clase le había dado una felicidad que no esperaba. Jugar sin hablar no era problema, su compañía le bastaba. Dibujaba sus ojos durante toda la clase. Esa tarde estaría encerrada dibujando hasta que dieran las seis.

A las seis ya nadie discutía con nadie. Salvo dentro de los lugares habitacionales, ningún otro espacio era seguro para interactuar. Las personas iban a todos lados con sus protecciones antitoxinas. Cubrían nariz y boca, y si hablaban nadie les entendía —se sugería no hacerlo, para no malgastar aire respirable—, por lo que las calles eran un perpetuo mutismo, y las casas, un

permanente desahogo. Pero el silencio colectivo era total a las seis. A esa hora ya nadie discutía con nadie en ningún lugar, porque era la hora de las almas.

Cinco minutos antes, Lidia tomaba del cajón un globo blanco incandescente para helio, de esos que se conseguían fácilmente en el mercado negro. Lo inflaba con un dispositivo instalado en la cocina y lo pintaba de rojo con un plumón. Entonces, de la mano y con su máscara puesta, subía junto a su padre a la azotea. Familias completas se congregaban ahí, desafiando el toque de queda por una razón importante. Como la niebla apenas los dejaba ver más allá de sus pies, los globos permitían identificar a los cuerpos en movimiento y evitar los tropezones. Los numeraba como ganado en un prado, pero era agradable descubrir brazos y hombros entre el humo espeso. Podían asegurar que tras cada protección había una sonrisa. Cada globo era un alma aún viva entre nubes de podredumbre. Entonces los amarraban a las antenas inservibles que alguna vez se usaron para ver televisión o conectarse a Internet, enviando un mensaje de esperanza a la distancia. La noche gris se llenaba de puntos blancos brillantes por una hora. Y dos puntos rojos. El de Lidia y el de Ianka.

Lidia amarró su globo y fijó la vista hacia el norte, donde estaba la azotea del edificio 72. No veía más que puntos titilantes, hasta que, unos segundos después, una esfera de su color favorito apareció entre las blancas, como siempre lo hacía. Sonrió. Era como continuar una conversación pausada que nunca había comenzado. Cuando se conocieron, Lidia le regaló un plumón rojo para que ella pintara sus globos y, sin saber si lo haría, se asomó esa noche a las seis. Ver ese resplandor de color, entonces y ahora, la hacía sentir en Navidad. Siempre serían distintas, pero siempre sabrían que la otra estaba ahí.

A las siete y veintitrés de la mañana, Lidia esperó a Ianka en la esquina habitual para caminar juntas los pocos metros hasta la escuela. Apretaba bajo el brazo un especial retrato terminado en grafito, envuelto en papel transparente y sujetado con un lazo azul. No sabía por qué estaba tan nerviosa y alegre a la vez. A las siete y veintiocho sus nervios ya eran preocupación, y a las siete y treinta pasó a desconsuelo. La calle estaba vacía, el timbre había comenzado a sonar. Ianka no llegó. Lidia arrastró los pies hasta su sala, sabiendo que el resto del día sería una tortura contemplando el asiento vacío a su lado. ¿Qué haría con el retrato? ¿Dónde estaban esos ojos marrones hermosos, sorprendidos al recibirlo? Recordó el movimiento de su pelo al quitarse la máscara, sus labios morados al toser. No había tenido tiempo de

aspirar ninguna toxina, era imposible. Intentó convencerse de que debía de haber otra explicación, pero sintió la culpa como una punzada en el estómago.

En la tarde, tras la escuela y a las seis, Lidia subió las escaleras de dos en dos hasta la azotea y amarró su globo rojo antes de que hubiese suficientes blancos para acompañarla. Y la hora ahí se hizo eterna. Esperó intranquila hasta las seis y cincuenta y nueve, sin despegar su mirada del norte. La gruesa neblina solo mostró puntos homogéneos que flotaban en el silencio. Ningún alma roja.

Tampoco la segunda noche. Tampoco la tercera.

Tenía que haber un error.

Durante la cuarta noche ya no pudo dormir, y entre lágrimas ideó un plan.

A la mañana siguiente bajó del ascensor con paso firme, decidida a modificar la ruta usual. Ya no caminaría hasta la esquina de la escuela, sino que tomaría inmediatamente la calle hacia la izquierda y buscaría a Ianka en su edificio, aunque tuviese que golpear cada puerta. Estaba segura de que nadie pondría atención en su cambio de rutina, que podría salirse fácilmente con la suya, pero su padre bajó del ascensor contiguo un segundo después de ella. La tomó de la mano, caminaron hasta la vereda y apuntó hacia la escuela. La iría a dejar hasta la entrada. Hace un tiempo habían acordado que Lidia ya tenía edad para ir hasta allá sola, pero quizás su extraño comportamiento de los últimos días había levantado sospechas en su padre. No le había dicho nada sobre la ausencia de su amiga Ianka, porque verbalizarlo era hacerlo real. Lidia se resistió a la compañía, pero luego se dejó llevar. Un adulto tranquilo era un adulto menos suspicaz.

Se escondió en el baño diez para las cuatro de la tarde. A las cuatro en punto se abría el portón para la salida de los alumnos, pero la puertecilla lateral —que solo utilizaba el portero o algunos profesores— estaba siempre sin llave ni vigilancia. La cruzó con la garganta apretada. Nadie la vio, nadie la siguió. Era el momento de correr.

El edificio de Ianka era igual al suyo. Los mismos ladrillos, los mismos pisos. Las puertas que daban a la calle eran de un vidrio ya ahumado por tanta exposición a la niebla, y las manijas estaban cubiertas de un polvillo ocre. Lidia acercó su rostro, se apoyó con sus manos, pero no pudo ver hacia adentro; tampoco pudo pasar, pues el reglamento de propietarios exigía ingresar un código en el tablero para comprobar el acceso. Golpeó una, tres veces, hasta que le dolieron los puños. Quiso gritar el nombre que la mantenía

en vela, pero solo escuchaba el ritmo de su propia respiración tras la máscara. Su pulso se estaba acelerando, el sol se escondía. Eran las cuatro y dos.

Abrió su mochila y dejó el retrato de regalo en el piso, entre retazos de neblina. Luego sacó un plumón rojo. Le temblaban los dedos. Escribió «Estaré aquí, siempre» sobre el papel transparente y lanzó el paquete bajo la puerta antes de que más lágrimas ensuciaran el visor de su máscara. Eran las cuatro y nueve. Ya no podía ver sus propias manos.

La teoría más compartida por los vecinos es que, al querer regresar a su propio edificio, Lidia no pudo encontrar el camino. Otros dicen que se perdió a voluntad, que la pena la cegó. Esa misma noche su padre, mortificado, salió a las calles siguiendo su pista sin escolta y tampoco regresó. Las pocas horas de luz natural no alcanzaban para profundizar la búsqueda. Nunca los encontraron.

Lo que sí encontraron fue el dibujo de un rostro de niña, abandonado en las baldosas del edificio 72. La imagen sin máscara era difícil de identificar, pero Ianka la reconoció de inmediato. Era un autorretrato. Los ojos azules de Lidia eran imposibles de olvidar.

Regresó a la azotea después de cuatro noches sin salir. Mientras su madre estuvo de viaje, su abuela se había encargado del rito, situando un globo en nombre de las tres. Uno blanco, como todos. Ianka nunca olvidaría ese error.

Han pasado casi diez años, pero desde entonces, y tras las seis de la tarde, Ianka amarra dos globos rojizos, brillantes, a una vieja antena. En sentido estricto Lidia sigue ahí, enmarcada sobre el respaldo de su cama. Siempre estará ahí.

La autora

Francisca Solar

Nació en Santiago de Chile, en 1983. Es escritora y periodista. El 2003 escribió *El ocaso de los altos elfos, fanfiction* que tuvo más de dos millones de lecturas y fue traducido a varios idiomas. Su éxito online la llevó a publicar su obra en Europa, convirtiéndose en la chilena más joven en firmar un contrato internacional.

Cuenta ya con ocho libros publicados para niños y jóvenes en 16 países y cuatro idiomas, más cuentos en diversas antologías en Chile y España.

ENCUÉTRANOS EN...



OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

ANTES DE VOLVER A CAER



ZOMBIE

